

Lectura extraída del libro de lecturas, 2o. grado, Secretaría de Educación Pública 2012.

CENSO A SEÑAS

Texto proporcionado por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi).

Cada 10 años se realiza en México el Censo de Población y Vivienda para saber cuántos habitantes hay, cómo son y dónde viven. Se tienen que visitar todas las casas que hay en nuestro país; por ello, se necesitan muchas personas para hacerlo. Esta vez yo quise ser parte del censo, fui a las oficinas del Inegi, donde me enseñaron como hacer las preguntas y me dieron mi uniforme, que era un chaleco y gorra color beige con el logotipo del Inegi, una mochila para cargar los cuestionarios y una credencial que tenía mi fotografía. Me pidieron que usara todo cuando fuera a censar las casas.

Un día nos tocó a otros compañeros y a mí ir a un pueblo en una zona que está muy lejos, pero que yo conozco bien. Tuvimos que tomar un camión que se veía muy viejo; después de una hora de camino de terracería, le pedimos al chofer que se detuviera para bajarnos. Nos dejó justo en la orilla de un gran monte, donde no se veía nada alrededor.

Al bajar, todos mis compañeros pusieron cara de espanto, pero yo les dije que no se preocuparan, que yo conocía esa zona y que me siguieran. Caminamos por un sendero de tierra y lleno de curvas, que se perdía rodeando las laderas del monte. Después de más de cuatro horas de caminata, llegamos a la comunidad llamada El Aguacate.

Es un pueblo con una calle principal que corre de norte a sur y otras cuatro que la cruzan. Lo primero que nos llamó la atención fue el silencio del lugar. Recorrimos las calles y no vimos a nadie; como era mediodía, pensamos que estarían comiendo. Nos dividimos para visitar las viviendas. Yo llegué a la primera casa y toqué. No hubo respuesta, golpeé con un poco más de fuerza la puerta y unos perros empezaron a ladrar. Después de un rato, una mujer joven abrió y se me quedó viendo con una expresión divertida. Me presenté como trabajadora del Inegi y le expliqué el motivo de mi visita; saqué un cuestionario de mi mochila y un lápiz para poder anotar sus respuestas, pero fue inútil, ella me miró y no pronunció palabra, sólo sonrió tímidamente y meneó su cabeza en señal de negación.

Yo seguí dándole razones para convencerla de participar en el censo y le mostré mi credencial para tratar de ganar su confianza. No respondió nada, sonrió nuevamente y empezó a cerrar la puerta, pero en ese momento llegó un hombre moreno de rostro arrugado que saludó de lejos a la joven agitando su mano. Vestía huaraches y unos pantalones azules desteñidos, y a un costado tenía colgada una bolsa de palma tejida. Claramente se veía que al señor no le gustó nuestra presencia y empezó a preguntarme en voz alta de dónde veníamos y qué queríamos. Yo le expliqué que éramos del Inegi y que estábamos haciendo el censo, pero él seguía molesto y gritando.

Mis compañeros se acercaron, y los perros de otras casas empezaron a ladrar y algunos habitantes salieron a ver qué pasaba. Al vernos a todos con nuestro

uniforme, el hombre guardó silencio y nos miró a los ojos, recorrió las caras sorprendidas de cada uno de nosotros y revisó nuestras credenciales.

Ya tranquilo, sonrió y nos mostró sus hermosos dientes blancos, y dijo: “¡Ah...! entonces, ¿ustedes vienen del censo?”. Nos saludó de mano a cada uno y nos comentó que se llamaba Sebastián; de ahí en adelante todo fue “miel sobre hojuelas”. Nos explicó que la joven de la casa donde tocamos y muchos otros habitantes de El Aguacate son sordomudos.

Nunca, en mis años de trabajar en los censos, me sorprendí tanto como en aquella comunidad; eran poco menos de 100 personas, entre niños y adultos, todos sordomudos. Don Sebastián les explicó con señas a los habitantes de El Aguacate que veníamos del Inegi para hacerles las preguntas del censo. Todos nos recibieron en sus casas y, con señas, nos respondieron.